

Comentario al evangelio del sábado, 31 de agosto de 2013

Queridos amigos:

Anteayer hacíamos memoria del martirio de Juan Bautista. Señalábamos que no fue uno de esos “perros mudos” que callan para no correr riesgos. Los evangelios no dicen que fuera un Juan sin miedo como el protagonista del cuento de los hermanos Grimm o como Juan I, duque de Borgoña, que se ganó ese apelativo por el coraje mostrado en distintas batallas. Podemos suponer que Juan Bautista sintió miedo, pero no dejó que este lo dominara; y pudo sentir la tentación de la pereza, pero tampoco cedió a su sugestión.

Y de eso se trata: el empleado al que su amo expulsó a las tinieblas exteriores no era un perfecto inútil ni un gafe. Tenía unas capacidades. Su amo las conocía y le confió la cantidad apropiada para que pudiera negociar según sus dotes. Y para poder confiarle esa cantidad tuvo que tener y depositar cierta confianza en su persona.

Sobre la base de la confianza que alguien pone en nosotros y sobre las capacidades con que contamos podemos emprender nuestra misión. Nos visitará más o menos veces el miedo; la negligencia menudeará sus llamadas a nuestra puerta. De cada uno depende el abrirla y dejar que se instalen cómodamente en él esos enemigos.

Nos han enseñado que la valentía es un miedo y otro miedo y otro miedo vencidos; y que la diligencia es pereza que nos sacudimos de encima una vez y otra y otra. Así no defraudaremos a Aquel que nos ha dado una misión en la vida y así podremos prestar servicios según nuestras capacidades.

Preguntaba Santa Teresa de Jesús: «¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien –señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad– los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como Él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced; y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio [...] es su cimiento humildad, y si no hay esta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo. Así que, hermanas [...], procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hiciéredes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se caiga el castillo» (Moradas, VII, 4, 9).

Vuestro amigo
Pablo Largo

Pablo Largo, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org